

Megan Maxwell

¿A qué estás esperando?



NO APTO
PARA
MENORES
DE 18 AÑOS

¿A qué estás esperando?

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Lim_pix / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: noviembre de 2020
ISBN: 978-84-08-23335-0
Depósito legal: B. 14.933-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En ocasiones, cuando menos te lo esperas, conoces a personas y ocurren situaciones increíbles que te hacen ver que las cosas, como poco, pueden volver a ser bonitas. Sólo de nosotros depende el deseo de cambiarlas o no.

Siempre digo que la positividad llama a la positividad y, por eso, esta novela va dedicada a todas esas Guerreras y esos Guerreros que, como yo, siguen creyendo en el amor y en esa frase que dice que quien tiene magia no necesita trucos.

Un beso para todos, ¡y viva la magia!

MEGAN

Capítulo 1

El desfile de moda «Vida Brillante», organizado por diversos diseñadores de renombre a nivel mundial para recaudar fondos para la investigación de enfermedades raras, estaba a punto de comenzar.

La sala de eventos londinense estaba llena a reventar de todo tipo de personas: famosos, no famosos, fotógrafos, periodistas... Nadie quería perderse el gran acontecimiento.

El *backstage* era un hervidero de gente que corría de un lado para otro, mientras por los altavoces sonaba la voz de Lady Gaga cantando *Stupid Love*.

El caos controlado, los nervios templados y las prisas de última hora se fusionaban con las ganas de que comenzara el espectáculo y con los deseos de brillar.

Sonia Beched, una sonriente joven morena, acababa de saludar a una amiga y, cuando volvía hacia el box donde estaba su gente tras pasar por el aseo, se cruzó con Luis Guzmán. Aminorando ambos el paso, se hablaron con la mirada, intercambiaron una sonrisa y, tras echar un vistazo a un pasillo de la derecha donde había una puerta, se dirigieron hacia allí con disimulo.

Una vez dentro del reducido espacio, cerraron la puerta y se miraron. Era un pequeño probador con un espejo. Sonriendo, se acercaron el uno al otro y ella, al notar cómo él le pasaba las manos por la cintura, murmuró en un perfecto español:

—Si me estropeas el maquillaje o el peinado, Ginger te matará y yo te remataré.

Luis rio. Ella también. Sonia y él eran amigos especiales desde

hacía tiempo. Esa clase de amigos que no se daban problemas, no interferían en la vida del otro, no exigían nada, pero, cuando lo deseaban, disfrutaban de un sexo divertido y sin complicaciones.

En décimas de segundo, la temperatura en el pequeño cuarto subió varios grados. No hacía falta hablar. No hacía falta decir nada. Ambos sabían lo que deseaban.

Las manos de Luis ascendían por los muslos de Sonia mientras ella, gustosa, le tocaba el trasero, que tenía duro y muy apetitoso.

Sin apartar su boca de la piel de él, bajó con la lengua por su cuello y, separándose unos milímetros, musitó:

—Tengo menos de cinco minutos.

—Nos sobrarán tres —respondió Luis con una sonrisa.

Divertida por aquello, ella rio mientras sentía cómo la mano de él se perdía dentro de sus bragas.

¡Sí! Eso era lo que deseaba.

Luis, caliente, paseó el dedo con delicadeza por el ya hinchado clítoris de la joven mientras ella recorría con la mano su abultada erección. Abrió su pantalón, apartó el calzoncillo y, agarrando con decisión su duro pene, lo acarició.

Placer por placer. Ése era su trato. No había más. Y, cuando ambos jadearon tremendamente excitados, él murmuró:

—Te besaría, pero sé lo rara que eres para eso.

Sonia asintió. Desde hacía tiempo no daba besos profundos. Daba picos en la boca. Era cariñosa. Sensual. Pero evitaba los besos intensos. Era algo que, sin saber por qué, se guardaba para ella misma desde que pasó lo de Manuel.

—Sabes que esto suele ser más largo, pero...

Sin necesidad de más palabras, la joven lo entendió. Deseaba sexo y, tan acalorada como él, musitó:

—Hagámoslo. No hay tiempo.

Sonrieron. Sus miradas plagadas de morbo y complicidad los excitaban cada vez más, hasta que Sonia, dándose la vuelta, se puso de cara al espejo y clavó la mirada en él.

Con cuidado y mimo, Luis, que ya tenía su duro pene fuera, se sacó un preservativo de la cartera, que llevaba en el bolsillo del pantalón, y se lo colocó. Luego la besó en el cuello.

A continuación, le terminó de levantar el corto vestido de lentejuelas azules que ella llevaba, le bajó las tupidas medias negras hasta los tobillos, echó hacia un lado las braguitas y, tras colocar su duro pene en la entrada de su vagina, la penetró.

Ambos jadearon. El placer y el morbo del momento al oír el ruido de la gente al otro lado de la puerta los excitaba muchísimo.

Entregados al disfrute, gozaban de lo que hacían sin pensar en nada más. Luis, gustoso, la agarró de la cintura para que no se moviera mientras se introducía una y otra vez en su mojada vagina y ella se entregaba a él.

Hechizada por el momento, Sonia se dejó hacer. Deseaba aquello, lo deseaba con todo su ser. Y, al sentir el pecho de él totalmente pegado a su espalda, musitó gozosa:

—Sí..., no pares.

A Luis lo enloqueció su orden, sintiéndose a cada segundo más duro, fuerte y rápido. Cada embestida que daba hacía gemir de gusto, placer y locura a la joven.

—Cierra los ojos —le pidió mirándola a través del espejo.

Ella lo hizo sin dudarle y él, juguetón, musitó en su oído:

—Hay un hombre que nos está mirando y, por su expresión, diría que le gusta cómo te follo.

Imaginar eso hizo que Sonia jadeara.

—Sí...

—Creo que desearía estar en mi lugar... —susurró Luis cada vez más excitado.

Pensarlo la provocaba, la acaloraba, le hacía querer más.

En ocasiones, Sonia acudía sola o acompañada a un *spa swinger* muy exclusivo llamado Zafiro, al que había ido varias veces con Luis, donde, olvidando su lado romántico, se dedicaba a disfrutar del sexo sin más. Estaba soltera, así que, ¿por qué no hacerlo con quien quisiera?

Siempre que había ido sola encontraba un hombre con el que disfrutar, y cuando iba acompañada de algún amigo también hallaba a quien quisiera mirar mientras lo hacían. Aún no había probado las orgías, ése era un tema que tenía pendiente y que sólo haría cuando ella así lo decidiera.

En ese instante Luis aceleraba sus embestidas, firmes y profundas, y ambos contenían sus ruidosos jadeos para que no los oyeran.

Se miraban a través del espejo con lujuria y perversión y sonreían cuando él, cerrando los ojos, supo que estaba a punto de correrse y Sonia también se dejó ir gustosa. Cuando el caliente momento acabó, dejándolos rendidos y sin aliento, se miraron de nuevo a través del espejo.

—Colosal —aseguró él. El sexo repentino y casual como ése siempre era divertido.

Tras salir de ella, Luis se quitó el preservativo y Sonia, que por suerte llevaba un paquete de clínex en la mano porque regresaba del baño, sacó uno, se lo entregó y él se limpió. Ella también lo hizo y, luego, tras subirse las bragas y las medias y recolocarse el vestido, le guiñó un ojo.

—Opino lo mismo —afirmó.

Estaban sonriéndose cuando comenzó a sonar por los altavoces la canción *Material Girl* de Madonna. Quedaba poco para que empezara el desfile. Por ello, Sonia dijo tras darle un rápido pico en la boca:

—Primero salgo yo.

Luis asintió. Después la joven abrió la puerta y salió del reducido probador sin ser vista por nadie con una sonrisa en la boca. Lo había pasado bien.

Iba caminando hacia donde estaba su gente cuando se encontró con varios de sus modelos. Desde hacía unos años era la propietaria de una agencia de organización de eventos junto con Ginger, una empresa que ya funcionaba sola por el buen hacer de sus dueños y que, años atrás, habían ampliado para la representación de cierta clase de modelos, entre ellos, la propia Sonia.

—Halleloo!

Al oír eso, sonrió. La primera vez que había oído esa mágica palabra había sido en la televisión, y la dijo Shangela Laquifa Wadley, una increíble *drag queen* estadounidense a la que sus amigos y ella seguían a través de las redes sociales. ¡Una reina, como diría Ginger!

Divertida por aquello, miró hacia atrás y vio que quien había

dicho la palabra era Minerva, más conocida como *Reina Negra*, una impresionante a la par que guapa mujer transgénero de orígenes africanos, amiga suya.

Minerva se acercó a ella moviendo con sensualidad las caderas y, al ver cómo una mujer que pasaba por allí la escaneaba de arriba abajo, afirmó sonriendo:

—Sí, cariño, lo sé: Beyoncé es idéntica a mí.

Al oírla, Sonia se carcajeó. Si algo tenía *Reina Negra* muy subido era la autoestima. Pero, la verdad, podía tenerla, porque era un mujerón impresionante. Y, sí, podría ser la gemela de Beyoncé.

Tras ella caminaban Henry, Sean, George y Robbie, más conocidos dentro del mundo *drag* como *la Bella Despierta*, *Marylycra*, *Lola Mento* y *Divinicienta*. Se trataba de otros amigos gais que durante el día ejercían distintos oficios, pues dos de ellos eran cocineros, otro cartero y otro, vendedor de perfumes, y, por la noche, en O'Pera, el local de *Lola Mento*, disfrutaban de su faceta como *drag queens*.

Como siempre, llegaban riéndose del mundo en general, el buen humor era su sello de identidad, y Sonia los abrazó feliz. Pero, al ver que faltaba Renato, preguntó:

—¿Y la Moratones?

Aquellas, vestidas de colores estridentes y plumeríos variados dignos de la ocasión, intercambiaron una mirada y luego la *Bella Despierta* respondió:

—Ha dicho que iba a retocarse de nuevo.

—Ya sabes que es excesivamente presumida —indicó *Lola Mento*.

Las altas y divinas *drag queens* sonreían a la vida cuando *Marylycra* comentó mirándolas:

—Como sabéis, no me gusta cotillear —al oír eso, todas se echaron a reír. Si a alguien le gustaban los cotilleos era precisamente a ella—, pero el técnico de luces de la derecha, ese madurito que lleva un fantástico chaleco de cuero rojo, fue en su tiempo novio de Gusanita la Francesa, que en paz descanse.

—Mi madre *drag* —musitó *Divinicienta* al recordar que aquella

fue quien la ayudó por primera vez a vestirse de *drag queen*. Eso era una madre *drag*.

De inmediato, todas miraron hacia donde Marylycra indicaba. El madurito del chaleco de cuero rojo estaba muy bien, y Reina Negra, consciente de que ella estaba con el que fue durante años el churri de la *drag* fallecida, afirmó:

—Gusanita siempre tuvo muy buen gusto.

—Y tanto —convino Lola Mento.

Estaban hablando sobre aquello cuando Reina Negra se mesó con sensualidad su largo y cardado pelazo.

—Que sí, hija, que sí... —murmuró Divinicienta—, todas sabemos que es natural.

De nuevo rieron, y entonces la Bella Despierta, al ver cómo aquélla miraba al hombre del chaleco rojo, cuchicheó:

—¿Oteando nuevos horizontes?

Reina Negra rio. La relación que desde hacía tiempo mantenía con un hombre no estaba pasando por su mejor momento, pero respondió mirándose el carísimo pedrusco que aquél le había regalado:

—Seguimos muy felices, ¡so perra! Pero tengo ojos y me gusta mirar.

—Yo estoy *in love* con el modelo del pelo violeta —comentó Marylycra—. Por un revolcón con él sería capaz de cualquier cosa.

Todas miraron hacia donde aquélla señalaba, y Lola Mento preguntó al ver que aquel muchacho no debía de tener más de veinte años:

—¿Ahora vas de *sugar daddy*?

Al oír eso, Sonia sonrió. Se llamaba *sugar daddies* a los hombres que se relacionaban con jovencitos que podrían ser sus hijos a cambio de dinero.

—¡Zorra! —replicó Marylycra sonriendo.

—*Hallelóo!* ¡Ya estoy aquí! —saludó la Moratones al llegar.

Sonia se apresuró a besarla, pero una chica se aproximó a ella para preguntarle algo y ésta, tras atenderla, miró a sus amigas y preguntó:

—¿Qué os parece lo que hemos organizado?

Aquellas asintieron, lo que veían les gustaba, y Marylycra afirmó:

—Me encanta, nena. Como siempre, sois los mejores.

—¿Dónde están Ginger Pink y Lady Mini Stark? —preguntó Reina Negra.

Sonia, al saber que preguntaban por Ginger, su socio, y por su hija, respondió:

—En el box, ultimando detalles.

En ese momento pasó junto a ellos un modelo guapísimo y la Moratones intercambió una mirada con él y sonrió con coquetería.

—Uf..., qué calor hace, ¿no? —musitó. Todas la miraron y a continuación ella soltó moviendo sus pestañacas violetas—: ¡¿Qué?!

Sin dar crédito a su descaro, las demás rieron y la Bella Despierta replicó:

—¿Cómo que qué calor, so perra? ¿En serio te estabas retocando o dándote un revolcón?

La Moratones no contestó, y Marylycra preguntó:

—¿Bóxer o eslip?

La Moratones miró entonces con gracia a Lola Mento y suspiró.

—Bóxer negro.

El grupo estalló en risas. Con ellas era imposible no reír.

—Vamos —dijo entonces Sonia—. Id para el escenario. Os toca abrir el evento.

Dicho eso, todas volvieron a besarla y, una vez que se marcharon, ella prosiguió su camino. Se encontró con varias de las modelos de su agencia y, dirigiéndose a Eva, que estaba guapísima, preguntó:

—¿Todo bien?

—¡Más que bien! —respondió ésta sonriendo y guiñándole un ojo.

Acompañada por sus modelos, Sonia lo observaba todo a su paso mientras tarareaba la canción que sonaba, que no era otra que *Love on the Brain* de Rihanna.

—¡Soniaaaaaaaaaaaaa! —oyó de pronto.

Levantó la vista y de inmediato pensó: «¡Mierda!». Quien la llamaba era la guapa pero insufrible Cassandra, una modelo alemana

a la que conocía desde hacía años y con la que, por norma, las cosas nunca terminaban bien.

Sonia se detuvo por cortesía. Las modelos que la acompañaban también, y Casandra, acercándose a ellas, señaló con sorna:

—¡Qué monas!

—Gracias —repuso Sonia preparándose para el ataque.

Casandra sonrió.

—Cuando he visto a las *drag queens* y a cierto tipo de modelos, ¡me he sorprendido! Y, bueno, he pensado que seguro que estarías por aquí.

Sonia asintió. Sabía por qué lo decía. «¡Bruja!»

Y, mirando a las chicas que esperaban a su lado, indicó:

—Id con Ginger a que os dé los últimos retoques en el maquillaje y luego al *first view*. Yo voy enseguida.

Aquellas asintieron y se alejaron conscientes de que, tras el último retoque de Ginger, debían pasar por el *first view*, que no era otra cosa más que la foto final con el *look* completo del desfile, realizada por un fotógrafo profesional.

Una vez que se marcharon, Sonia volvió a mirar a la modelo alemana y preguntó aun sabiendo cuál sería su respuesta:

—¿Y se puede saber por qué te has sorprendido?

Casandra, una guapa rubia de metro ochenta y seis, piernas kilométricas y cuerpo increíble, se tocó su peinado y reluciente cabello mientras sonreía.

—Cielo, sois modelos *curvies*...

Ese «sois» la incluía a ella aunque no participara en el desfile, cosa que le gustó.

—¡¿Y...?! —repuso.

Casandra no respondió. Su cerebro de mosquito cuando le soltaban algo así no le daba para más.

—¿Para quién desfiláis? —preguntó a continuación.

—Para Gus Lapierre —afirmó Sonia.

Casandra asintió y luego frunció el ceño.

—¿Y desde cuándo Gus Lapierre hace tallas grandes?

A Sonia le revolvió las tripas oír eso y, como siempre que se enfadaba, musitó en español:

—Con lo guapa que eres y el tipazo que tienes, hay que ver lo imbécil que llegas a ser...

Estaba harta, cansada, agotada de aquellos comentarios maliciosos. Muchas modelos como Casandra, tan perfectas, eran puro veneno, aunque por suerte no todo el mundo era así.

Ella misma utilizaba una talla 44 y en ocasiones una 46, ¿y qué? ¿Cuál era el problema? ¿Acaso era menos mujer o menos sexy que aquellas que tenían una 34?

Con ganas de arrancarle las extensiones, la miró pero se contuvo. No era el momento ni el lugar. Era una profesional y, sobre todo, una mujer segura de su talla y de sus curvas.

Si se había embarcado en Class and Diversity, o C&D, como se los conocía, había sido para dar visibilidad a personas que, como ella, tenían tallas y cánones de belleza diferentes de los establecidos.

El eslogan de su agencia de modelos era «Ser persona es mi gran valor», un lema fuerte, seguro y contundente, por lo que, sin importarle lo que aquella imbécil pensara, preguntó:

—Casandra, ¿para quién desfilas tú?

—Para la inigualable Margot Cussini.

Sonia sonrió con malicia. Aquella idiota se lo ponía a huevo. Como era parte de la organización de aquel evento, se enteraba de todo lo que ocurría, y, dispuesta a ser perversa y sibilina como aquélla, dijo bajando la voz:

—¿Y Margot Cussini sabe que ayer te cepillaste a su marido en los baños de la segunda planta?

El gesto de Casandra cambió en cuestión de segundos.

El día anterior, tras ajustarse la ropa que llevaría en el desfile, fue consciente de cómo el marido de la diseñadora la miraba y eso le gustó. Total, que acabaron en el baño. Lo que ignoraba era que alguien los hubiera visto, lo cual era un desastre.

Que aquélla lo supiera significaba que otros también podían saberlo; Sonia, consciente de la maldad que había soltado, cuchicheó sonriendo:

—Por tu bien, querida Casandra, mantén tus malditos comentarios ofensivos lejos de mi gente si no quieres que Margot se ente-

re de lo bien que te lo pasaste con su recién estrenado marido en el baño mientras ella hacía el *fitting* a las modelos.

Y, dicho esto, y sintiéndose ganadora en aquel absurdo combate, dio media vuelta y prosiguió su camino.

—¿Y esa sonrisita? —oyó de pronto más tarde.

Aquella voz la hizo sonreír aún más y, volviéndose, se encontró de nuevo con Luis Guzmán, el simpático y, por qué no, atractivo técnico de sonido con el que minutos antes había compartido algo más que roces.

—¿Es malo sonreír? —respondió mirándolo.

Luis negó con la cabeza, la conocía muy bien, y, guiñándole el ojo, murmuró:

—La sonrisa le sienta a usted muy bien, señorita Beched.

Sonia asintió.

Aquel español alto, de facciones angulosas y mirada penetrante, era un tipo que, como ella, no buscaba complicaciones. Sólo pasarlo bien. El sexo con él era divertido porque ambos así lo habían estipulado hacía tiempo, y sonriendo respondió:

—Gracias, señor Guzmán.

Ambos se miraron. Estaba claro lo que pensaban, y ella susurró tocándose su melena oscura:

—Sábado por la noche, en Zafiro.

—Perfecto —asintió Luis.

—A las nueve me recoges en casa —añadió Sonia.

Ambos sonrieron y, sin decir más, se alejaron. Tenían que trabajar.

Ella proseguía su camino cuando de pronto alguien la cogió del brazo, deteniéndola.

—Te llamé a la agencia y a tu móvil un par de veces.

—Lo sé.

Era Harriet Lowe, una gran y buena amiga y una de las diseñadoras de aquel desfile solidario.

—Tienes razón, Harriet —suspiró Sonia—. Soy lo peor y me disculpo por ello. Pero es que últimamente no doy abasto. Entre Ibiza, la agencia, los desfiles para los que nos contratan, las clases de patinaje, mi madre y los entrenos..., ¡apenas tengo tiempo!

—¿Tu madre está bien?

—Sí..., sí..., no te preocupes.

Harriet sonrió. Admiraba a Sonia por su fortaleza para enfrentarse a todo lo que se proponía, y, lo mejor, sabía que no mentía.

Si algo le gustaba de ella era su positividad y la fuerza que insuflaba a quienes la rodeaban. Nada la detenía. Las amigas como ella siempre levantaban el ánimo y las ganas de luchar por los sueños.

La había conocido años atrás en un hospital, cuando fue a visitar a su hermana Stacy, que había sufrido un atropello que le dejaría una leve cojera de por vida. Stacy la necesitaba. Apenas hablaba ni reía. No llevaba bien lo ocurrido. Pero, al entrar en la habitación del hospital, Harriet se sorprendió al oírla riendo a carcajadas.

Al mirar boquiabierta, vio a Stacy hablando con alguien que debía de estar sentado en el suelo, al otro lado de la cama. Increíblemente por ver a su hermana reír a carcajadas, se asomó para encontrarse con una muchacha con el rostro hinchado y amoratado, la cabeza vendada y una muleta. Aquella era Sonia, que, huyendo del agobiante atosigamiento de su madre, se había colado en la habitación de Stacy para esconderse, haciendo caso omiso de su dolor.

Así fue como se conocieron, y supieron que era patinadora sobre hielo profesional y que estaba ingresada tras una fuerte caída tras realizar una pirueta con salto que ella llamó *lutz*.

Lo de «patinadora atípica» lo puntualizaba Sonia sonriendo, pues no era una sífide como la gran mayoría, sino más bien una muchacha con curvas. Española y con cuerpo de guitarra, decía.

Saber que su carrera como patinadora profesional había acabado por una lesión en la cadera a Harriet la apenó. Pero la positividad de aquella chica era lo que necesitaba su hermana Stacy, quien, a partir de ese día y tras lo que había hablado con Sonia, volvió a ser la muchacha sonriente que siempre había sido, y su leve cojera quedó relegada a un segundo plano.

Sonia y su particular manera de ver y sentir la vida la había hecho darse cuenta de que lo importante era vivir, quererse, ser feliz y, en especial, sentirse querida, y no cojear o no.

—Ehhhhh...

Sonia y Harriet se volvieron y se encontraron con Stacy, que se

acercó a ellas y cuchicheó enseñándoles un ramo de flores que llevaba en la mano:

—¡Son para mí! ¡Me las acaban de traer!

Ambas parpadearon mirando las flores y aquélla, emocionada, añadió en voz baja:

—Son de Samuel.

—¿El médico voluntario de Cruz Roja al que conociste a través de esa aplicación? —preguntó Sonia divertida.

Emocionada, Stacy asintió, y Harriet preguntó mirando a su hermana:

—A ver..., a ver..., ¿de qué aplicación y qué médico habláis?

Rápidamente Stacy le explicó que, a través de una app que Gin-ger le había recomendado y que se había bajado en el móvil, había conocido a mucha gente y, entre ellos, a Samuel Lombart.

Harriet escuchó boquiabierta lo que su hermana le contaba y, cuando acabó, preguntó:

—¿En serio estás tonteando con un tío al que no conoces?

Stacy miró a Sonia, que sonreía.

—Sí. ¡Pero nos vamos a conocer! —afirmó.

A cada instante más desconcertada, Harriet iba a decir algo cuando su hermana añadió:

—Lo sé. Es una locura. Me he pillado por un tío al que no he visto en persona, sólo en foto, pero quizá eso lo solucionemos cuando regrese.

Harriet, totalmente sorprendida, no sabía qué pensar de aquello.

—¿Y cómo sabe tu nombre y que hoy estarías aquí? —preguntó entonces.

Stacy olió por decimoctava vez las flores que había recibido y repuso:

—Porque yo se lo dije. —Y, viendo el gesto de su hermana, añadió—: Luego, cuando regreses al box, recuérdame que te enseñe unas fotos que tengo de él en mi móvil. Verás cómo te cambia la cara.

—¡Es monísimo! —aseguró Sonia ante la risa de Harriet.

Encantadas, las tres reían cuando Stacy, al ser requerida por

uno de los estilistas de su hermana para que lo ayudara con una modelo, preguntó mientras se alejaba:

—¿El domingo llevo cruasanes de choco a tu casa?

—¡Perfecto! —contestó Sonia riendo.

—Por cierto, me comentó Samuel que hay una cena organizada cuando regresen y..., bueno, le dije que tú irías con ese compañero suyo del que te hablé.

—¡¿Qué?! —exclamó Sonia divertida.

—¡Ya no te puedes echar atrás! Se lo he prometido y quedaría fatal.

—Serás lianta... —se mofó ella al oírlo.

Stacy le guiñó el ojo con complicidad y echó a andar.

—Estás despampanante con ese vestido corto de lentejuelas —añadió deteniéndose de nuevo—. Por cierto, ¿dónde está Lady Mini Stark?

Sonia sonrió al pensar en su hija. Al final todos sus amigos la llamaban así porque era fanática de la serie de televisión *Juego de tronos*.

—La he dejado con Ginger en el box.

Con cariño, se miraron, y Stacy dijo:

—Me voy. ¡Hablamos!

Cuando se alejó, Harriet y Sonia se miraron.

—¿Eso es en serio? —preguntó la primera—. ¿Está colgada por alguien que no conoce?

Sonia asintió. Entendía la pregunta, era una locura, pero afirmó:

—Tan en serio como que me va a tocar ir a cierta cenita de acompañante.

Cuando Harriet iba a hablar de nuevo, un chico de la organización se acercó a Sonia para preguntarle algo, a lo que ella le respondió amablemente.

Harriet la miró.

Sonia había sido la primera modelo *curvy* en subirse a una pasarela en uno de sus desfiles, años atrás, para salvarle el culo al fallarle en el último instante la modelo contratada. Sin proponérselo, Sonia había dado visibilidad en una pasarela a un tipo de mujeres

con unas medidas que hasta aquel momento nunca habían desfilado. Y, a raíz de aquella improvisada salida en la que dejó patente su seguridad, su carisma y su gracia, otros diseñadores comenzaron a llamarla.

En un principio Sonia se sorprendió por el revuelo ocasionado. Incluso la prensa se hizo eco de aquello y habló de una nueva era para los modelos, cuando ella sólo se había subido a la pasarela para hacerle el favor a su amiga. Sin embargo, a raíz de aquello, y viendo la posibilidad que se le abría, no lo pensó y aceptó subirse a otras, convirtiéndose así en la primera modelo *curvy* en desfilar para grandes firmas y crear la primera agencia con un aire renovado junto a Ginger, su gran amigo. Una agencia diversa, donde los modelos masculinos y femeninos no eran lo estipulado por la sociedad y en la que tener medidas perfectas no era requisito indispensable.

Cuando Sonia dejó de hablar con el chico, Harriet terció:

—Necesito los servicios de C&D en todos los sentidos.

A Sonia le gustó oír eso.

—Pues dime —musitó sonriendo.

Sin perder tiempo, Harriet le habló del evento que quería organizar en Berlín, un desfile para su nueva colección de ropa de baño, en el que había aunado moda, azúcar y sensualidad. Para presentarlo deseaba que sus diseños fueran lucidos por personas con cuerpos reales, y sabía que eso Sonia y su gente podían hacerlo realidad.

—De acuerdo. El lunes pásate por la agencia, comemos y lo hablamos, ¿te parece?

Harriet asintió encantada.

—¡Nos vemos el lunes! Por cierto, como te ha dicho mi hermana, hoy estás muy guapa.

—Gracias.

A continuación, Harriet le guiñó un ojo divertida y se marchó hacia su box.

Sonia le devolvió el guiño, dio media vuelta y prosiguió su camino, hasta que vio a su hija correr hacia ella. Abriendo los brazos a aquella pequeña de ocho años que era su vida, la abrazó y, tras

darle un cariñoso beso en la mejilla y colocarle su inseparable gorra, oyó:

—Mami, el tío Ginger ha tenido un A. T. cuando ha visto a un M. M. G.

Sonia soltó una risotada. Esa manera de hablar entre ellos era muy particular. Había comenzado haciéndolo con Ginger para que pocos se enteraran de lo que decían, e Ibiza hablaba igual. Por ello, agarró su mano divertida y, sabiendo que A. T. era «ataque total» y M. M. G., «modelo muy guapo», preguntó:

—¿Y el M. M. G. era tan M. M. G.?

Ibiza se encogió de hombros.

—Para el tío Ginger, sí. Para nosotras, no.

Divertida, Sonia volvió a sonreír y, mirando el teléfono que su hija tenía en la mano, que era el suyo propio, preguntó mientras caminaban:

—Muy bien, secretaria, ¿ha llamado alguien?

Ibiza, feliz por ser la guardadora oficial del móvil de su madre mientras estaban allí, respondió:

—Ha llamado la tía Cynthia para preguntar si vamos a ir a cenar el viernes a casa de los abuelos.

—No —respondió Sonia en el acto.

Según dijo eso, la pequeña se paró y frunció el entrecejo.

—Jo, mamiiiiiiii... —protestó—, yo quiero ir.

—Tienes partido, ¿lo has olvidado?

La niña negó con la cabeza. Jugaba de extremo en un equipo de hockey sobre hielo.

—Podemos ir cuando termine —insistió.

—Ibiza...

—Jo, mami. Papuchi y yo estamos en plena competición con el Mario, y tengo que ir para aplastarlo y enseñarle que yo controlo más que él.

Sonia sonrió. Ibiza era muy competitiva, no le gustaba perder a nada. Papuchi era su padre, y le encantaba la complicidad que tenía con su hija.

—Puedes aplastarlo otro día —repuso.

Ibiza sonrió y cuchicheó con cierta maldad:

—Pero ese día puedo hacerlo sin piedad delante de todos. Además, la tía Cynthia me dijo que también estará la tía Brooke.

Sonia resopló. Cogió el móvil, que su hija tenía en la mano, y, tras comprobar que su madre no la había llamado para hablarle de la cena, se lo entregó de nuevo.

—No te digo ni que sí ni que no —indicó—. Lo pensaré.

—Guayyyyyy —aplaudió la cría, que al recordar algo añadió—: Mami..., el tío Ginger me ha prometido que cuando nos vayamos de aquí Adriano nos esperará en casa con hamburguesas y patatas fritas.

—¡Estupenda cena! —Ella sonrió al oírla.

—Si se entera la *abu*..., ¡madre mía!

La *abu* era su madre, la abuela de la niña, una venezolana algo especial en todos los sentidos.

—Será nuestro secreto —aseguró Sonia bajando la voz.

—Mejor... —musitó la cría.

Al oír a su hija, Sonia sonrió. Su madre era insoportable con ellas con el tema de la comida. Sus hermanas, Vania, Brooke y Cynthia, eran espigadas, pelirrojas, con los ojos claros, y sobrepasaban el metro setenta y cinco, mientras que ella medía 1,68, era morena, con los ojos negros y de cuerpo curvilíneo, algo que su madre nunca había llevado bien.

Y aunque Sonia se había cansado de recordarle que ella era hija de venezolana y español, morena y curvilínea como la familia de su padre, y no hija de un alto y pelirrojo irlandés, como lo eran sus hermanas, su madre no la escuchaba y lo achacaba siempre a que se alimentaba muy mal.

Durante los años en los que compitió en patinaje artístico porque eso era lo que la apasionaba, Sonia soportó comer sólo verdura, pollo a la plancha y, de postre, una pieza de fruta para no engordar. Pero, aun con eso, sus caderas eran sus caderas y sus curvas sus curvas, cosa que su madre siempre había criticado.

Albany era una venezolana alta, espigada y proporcionada. Y siempre quiso que su hija mayor fuera tan perfecta como supuestamente lo eran ella y sus otras hijas. Pero la genética era la genética, y aunque Sonia era preciosa con sus curvas y, en especial, con

su irresistible personalidad, a ella eso siempre la había incomodado. La belleza estaba primero. Y el problema era que esa obsesión la estaba trasladando a Ibiza, una niña de ocho años sana y de graciosos mofletes redonditos como los de su madre.

Cogida de la mano de su pequeña, Sonia llegó hasta el box de Gus Lapierre. Ginger, su amigo de orígenes asiáticos, la miró en cuanto entró y dijo:

—¡A la de ya, siéntate para retocarte el maquillaje!

—Stacy traerá cruasanes de chocolate el domingo.

Al oírlo Ginger, asintió y musitó:

—¿De los de su barrio?

—Sí.

—Marimuerdo ya de placer sólo de pensarlo... —Sonia sonrió y Ginger cuchicheó a continuación—: Lady Mini Stark me ha dicho que aún no has firmado la autorización para que se vaya de colonias con sus compañeros de colegio.

Sonia suspiró. Nunca había estado quince días separada de su hija.

—Tengo que pensarlo —murmuró.

—A ver, nena, que conste que te entiendo porque me horroriza que se vaya, pero creo que deberías pensar en la mariilusión que le hace a ella. Nuestro bebé se nos hace mayor, lo queramos nosotros o no.

—Lo sé —dijo Sonia mirando a su pequeña, y, sentándose donde aquél le indicaba, para cambiar de tema añadió—: He visto a las Ladies. Están a punto de comenzar el evento y te mandan besos. —Se refería a las *drag queens*—. Sólo te diré que la Moratones ¡ha pillado!

Al oír eso, Ginger abrió los ojos.

—Con uno de los modelos de Fred Schumacher —musitó Sonia sonriendo.

Ginger soltó una risotada y, tras mirar a alguien que no estaba muy lejos, susurró:

—¡Estoy de A. T.!

Oír eso hizo sonreír a Sonia y a su hija, y Ginger, retirándose con glamur su melena larga, insistió:

—Mira al M. de la I.

Rápidamente Sonia y su hija miraron a la izquierda. El modelo al que se refería Ginger era de unos veintipocos años, alto, rubio, ojos verdes, perfectas facciones, cuerpo cincelado y sonrisa perfecta. Y, tras intercambiar una mirada con su hija, Sonia iba a hablar cuando la pequeña musitó:

—Es mono, pero, tío, ya sabes que a veces los P. son T.

Divertida por aquello de que «los perfectos son tontos», algo que su hija le había oído decir muchas veces, sonrió y, tras chocar su puño con aquélla entre risas, Ginger cuchicheó mirándolas:

—¡Vosotras sí que sois T.!

Sonia miró a su hija a través del espejo y volvió a sonreír. Quería que Ibiza viera en las personas algo más que la belleza exterior, y le guiñó el ojo con complicidad.

—Siéntate y juega con mi móvil un ratito si quieres —indicó.

—¡Guay! —aplaudió la pequeña encantada.

Una vez que la niña se aposentó en uno de los sillones que allí había, Sonia se dirigió a Ginger:

—Está todo organizado para que el desfile salga a la perfección. Nos lo hemos currado mucho, y mi sexto sentido me dice que algo bueno nos va a traer todo este trabajazo.

Ginger asintió. Se habían dejado la piel para organizar todo aquello.

—Lo tengo maricarísimo —declaró.

Sonriendo, se miraron a través del espejo y luego la joven murmuró:

—Ibiza ha hablado con mi hermana Cynthia.

—¿Y...?!

—Al parecer, mi madre ha organizado una de sus cenitas el viernes con toda la familia.

—¿Y...?!

—¡Que a mí no me lo ha dicho! —replicó Sonia molesta.

Ginger gesticuló al oírla. En ocasiones, la madre de su amiga era peor que un grano en el culo, pero quitándole importancia señaló:

—Querida, es típico de doña Mi Amor. Pero míralo por el lado bueno: si no os veis, no discutís.

—Pues también tienes razón —afirmó convencida de aquello.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que Sonia añadió:

—Lo que pasa es que Ibiza quiere ir.

Ginger suspiró. La lucha que aquélla se traía con su madre nunca acababa, pero, pensando en el bien de la niña, afirmó:

—Pues ve. Nuestra Lady Mini Stark se merece disfrutar de su familia. Y, tranquila, eres consciente de que Ibiza sabe defenderse muy bien de los coletazos venezolanos de Albany.

Sonia asintió, Ginger tenía razón. Para lo pequeña que era, Ibiza tenía una personalidad arrolladora; queriendo dejar de hablar de aquello, preguntó:

—¿Os quedáis el sábado por la noche con Ibiza, Adriano y tú?

Ginger sonrió al oírla. Adriano era su novio, su amor, un policía italiano que adoraba a la niña y a Sonia tanto como él; se echó hacia atrás la melena con estilo y cuchicheó:

—Depende...

A través del espejo, ambos se miraron. Y Ginger, al ver el gesto de aquélla, sonrió y susurró en su oído:

—¿Qué canción?

Ella rio. Lo de relacionar canciones con el ligue de turno era su juego.

—*Carnaval*, de Maluma —indicó.

Ginger asintió y murmuró consciente de a quién le pegaba esa canción:

—Luisito...

Sonia sonrió divertida.

—Hemos tenido una reunioncita hace unos minutos para hablar del sonido del evento y..., bueno, deseamos continuarla en Zafiro, ya sabes...

—¡Serás zorrón! —y, bajando la voz, añadió—: Así nunca encontrarás al hombre ideal.

—Gingerrrrrrrrrrrr —se quejó Sonia.

—Que sí —insistió él—. Que me parece ideal que lo pases bien con quien te dé la gana. Pero digo yo que alguna vez podrías buscar al mariideal, ¿no?

Ambos rieron.

Sonia no buscaba al hombre ideal, estaba convencida de que para ella no existía, y respondió:

—El sexo con Luis es mariideal.

Ginger se vio obligado a sonreír, hablar de sexo entre ellos nunca había sido tabú, y, gesticulando, miró al techo y musitó:

—Querido Dios, sabes que amo hasta la extenuación a mi romano, pero tú, que apartas al hombre del mal..., apártame uno como ése para mí en otra vida.

Sonia soltó una carcajada. Con Ginger era imposible no reír.

—Tranquila —prosiguió él—. Mi romano y yo nos llevamos a Ibiza y a *Babas* al cine por la tarde y nos las quedamos sin problemas en casita a dormir —dijo añadiendo a la tortuga—. Luego, el domingo por la mañana yo iré a tu casa para nuestra marirreunión mañanera y más tarde vendrán nuestros amores.

—¡Perfecto!

—El sábado ponte el vestido verde con la raja al lado —le cuchicheó entonces Ginger al oído—. Te hace un cuerpazo divino.

Divertidos, volvieron a reír, y Sonia, mirándolo, le dio un beso en la mejilla.

—¡Qué haría yo sin ti! —exclamó cuando él terminó con los retoques.

A Ginger siempre le había gustado oír eso. Adoraba a Sonia. La amaba. Ella era su familia.

Se conocían desde la época en la que eran casi unos niños y competían en los Juegos de Invierno. Ginger era el único hijo varón de una acomodada y clásica familia vietnamita asentada en Londres. Sus padres lo bautizaron como Quang al nacer, un nombre que odiaba por muchos motivos, entre ellos porque sus compañeros de colegio se mofaban de él.

Ginger y Sonia habían sido patinadores artísticos profesionales y ambos habían sufrido *bullying* en sus categorías. Una por no ser la típica patinadora delgada, de caderas estrechas y muslos reducidos, y el otro por tener excesiva pluma al patinar, ser un asiático excéntrico y manifestar abiertamente que era gay.

Ser homosexual no estaba bien visto por mucha gente, ni por su familia, pero eso a Quang siempre le dio igual. No obstante, todo

empeoró cuando durante unos Juegos Olímpicos de Invierno, una periodista descubrió su faceta nocturna de *drag queen* y publicó una foto suya vestida como Ginger Pink en una actuación.

La imagen dio la vuelta al mundo y, aunque hubo gente que se puso de su parte, a él personalmente le costó ser repudiado por su familia. Ser gay para aquéllos ya era un trago, pero saber que encima era *drag queen* y se hacía llamar Ginger Pink los remató.

En un principio el asunto lo destrozó, pero gracias a Sonia y a su grupo de amigos *drags*, lo superó, y a partir de ese momento se olvidó de llamarse Quang para ser simplemente Ginger.

Los años habían pasado, sus vidas habían ido cambiando, pero ellos nunca se separaron. Eran dos guerreros que se ayudaban. Dos luchadores de la vida que se adoraban, se respetaban y se querían tal y como eran.

En el caso de Sonia, era tan rebelde, impulsiva y guerrera como lo fue Armando, su padre, un español que por desgracia murió muy joven al ser atracado y negarse a dar el dinero que había ganado esa noche tocando la guitarra en un local de Barcelona. Al quedar viuda, Albany decidió que su penosa existencia sin dinero debía acabar. Y, a pesar del apoyo que le proporcionó la familia de Armando, se marchó a Londres sin mirar atrás en busca de alguien que le solucionara la vida.

En un principio, estar en Londres con un bebé a su cargo fue complicado, duro y a veces extenuante. Pero la tarde en que sus ojos se encontraron con un irlandés pelirrojo llamado Charles Beched en una tienda, algo en su interior le gritó que todo iba a cambiar. Y así fue. Charles se enamoró locamente de la guapa y complicada viuda venezolana y, apenas cinco meses después, se casaron.

A Sonia le gustaba tomar sus propias decisiones y escoger a sus amigos, algo que su madre, Albany, detestaba. La sacaba de sus casillas que se rodeara de gais, lesbianas y *drag queens*. ¿Por qué su hija tenía que ser tan complicada?

Albany quería que su Sonia, su hija mayor, fuera abogada. Pero no, a ella la atraían otras cosas, como tocar la guitarra, igual que a su padre biológico, y el patinaje sobre hielo.

La apasionaba deslizarse por la pista al son de la música, cerrar

los ojos y sentirse en libertad. Por lo que, a pesar de las protestas de su madre, que no veía un futuro en el patinaje sobre hielo, fue a por su sueño sin doblegarse y lo consiguió. Se convirtió en una estrella del patinaje artístico. Fue a los Juegos Olímpicos de Invierno y ganó innumerables premios, llegando a ser una patinadora de renombre en el gremio, hasta que una fuerte lesión tras un complicado salto la apartó definitivamente de la competición.

Aquel mazazo a Sonia le destrozó el corazón, aunque su fortaleza le impedía manifestarlo frente a los demás. No quería que nadie se compadeciera de ella.

Pero ¿qué iba a hacer en adelante en su vida?

Ginger, que la conocía mejor que nadie y también se había retirado un año antes por otra lesión, viéndola perdida por lo ocurrido le propuso irse juntos ese verano a Ibiza durante unos meses. Él, junto a su grupo de amigas *drag queens*, llamadas *las Ladies*, habían sido contratados en la isla para hacer sus espectáculos, y sin duda a Sonia los aires nuevos la harían desconectar.

Fue un verano increíble. Música. Playa. Amor. Diversión. Lo pasaron genial.

Allí Sonia conoció una tarde a Manuel, un andaluz encantador y guapo a rabiar que trabajaba como camarero y del que se enamoró locamente. Estar con él la hizo olvidarse de sus problemas y volver a sonreír. Pero, tres meses después, a su vuelta a Londres, todo cambió cuando se enteró de que estaba embarazada.

¿Ella, embarazada?

Manuel, el español encantador, se quedó de piedra al saber la buena nueva. ¿En serio iba a ser padre? Aquello no entraba en sus planes.

En un principio aceptó continuar su relación con Sonia desde la distancia y asumir la paternidad del bebé. Dejarían pasar el tiempo y ya lo irían viendo. Pero, tres semanas después, cambió de opinión.

¿Y si el niño no era suyo?

Al oír eso, en un principio Sonia se quedó bloqueada. ¿Cómo alguien que supuestamente decía que la quería podía pensar así? ¿Cómo podía cuestionar que el bebé fuera suyo?

Aquello fue un nuevo mazazo para ella. Pero, tras mucho llorar y sufrir, un día resolvió levantar la cabeza y tomar decisiones. La primera: no necesitaba a aquel imbécil para criar a su bebé. La segunda: no lloraría más por quien no lo merecía, y la tercera: comenzaría a ignorar la negatividad de su madre.

Como era de esperar, el huracán venezolano Albany puso el grito en el cielo al enterarse. ¿Qué era eso de tener un bebé sola y sin marido? ¿Se había vuelto loca? Aquella hija de su primer matrimonio no hacía más que darle problemas.

Para su suerte, la joven siempre contó con el amor incondicional de su padrastro, Charles Beched, que la mimó ante sus lloros, y de sus hermanas, que no la abandonaron. Su padrastro era el adinerado dueño de una fábrica de calzado del Reino Unido y, como él siempre decía, se había enamorado de aquella pequeña niña morenita cuando la conoció y la apoyaba incondicionalmente en todo lo que se propusiera, aunque su mujer se negase. Sonia era tan hija suya como Cynthia, Brooke o Vania, y lo que ella decidiera estaba bien.

Sonia y su Papuchi —o su *Cariñito*, pues así era como lo llamaba y su hija también lo hacía— tenían una excelente conexión, y cuando nació Ibiza le dio todo el amor que su madre no le daba. Una vez más, Albany dejó mucho que desear.

Con fuerza y constancia, Sonia volvió a ser la chica que había sido. Y una vez que se repuso del mazazo de Manuel y su hija llegó al mundo, retomó su vida y decidió dos cosas. La primera: seguir patinando. Quizá ya no pudiera competir ni ganar premios, pero podía enseñar. Se convirtió en una entrenadora excepcional, querida por su público y sus alumnos, y, para su felicidad, era requerida para infinidad de exhibiciones. Y la segunda: crear junto a Ginger una empresa de eventos, y las Ladies y sus actuaciones fueron claves para que el negocio comenzara a funcionar.

No obstante, de nuevo todas esas decisiones sacaron de sus casillas a Albany. ¿Por qué su hija no sentaba la cabeza y se buscaba un marido adinerado? ¿Y por qué tenía que crear una empresa para aquellas *drag queens*?

Ginger estaba pensando en todo ello emocionado cuando un

pitido lo sacó de sus pensamientos. Las Ladies ya habían terminado su loca y divertida presentación en el evento, y gritó recomponiéndose:

—¡Empieza el espectáculo!

—¡Vamos, chicas! —apremió Sonia a sus modelos.

Minutos después, cuando las modelos de todos los diseñadores estaban preparadas y se colocaban en fila para salir a la pasarela, Ginger se aproximó a las de su agencia y dijo retirándose con glamour el pelo rosa chillón de su peluca:

—Nenas, ¡aquí va mi mariconsejo! —Todas lo miraron y él, con estilo y elegancia, soltó—: Cabezas altas, brazos sueltos, mirada de lobas en celo y paso de «¡estoy aquí porque lo valgo!».

Nada más decir eso comenzó a sonar por los altavoces *Lost in Japan* de Shawn Mendes.

E, instantes después, las chicas salieron a la pasarela para hacer su trabajo como unas auténticas reinas de mirada en celo, porque, como decía Ginger, ¡ellas lo valían!